

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8651

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NUM. 58

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 750 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16.º de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Jueves 28 de Agosto de 1890.

CONTRA EL CÓLERA.

CARTA DEL DOCTOR ORFILA.

Es una verdad axiomática, un hecho inconcuso fisiológico-patológico, que toda fea deprimente, todo acto aterrador, toda frase conmovedora imprimen al organismo humano tales condiciones y le colocan en circunstancias especiales, en las que se halla en la mayor y más abonada aptitud para alterarse sus funciones y contraer enfermedades.

Estos hechos háanse observado, y tienen lugar en la práctica de la medicina tantas cuantas veces la epidemia del cólera ha invadido nuestra Península, los que podríamos demostrar con la exposición de teorías médicas; pero bástenos para ello decir que los individuos tímidos, pusilánimes, reciben una mala noticia tétrica, deprimente, poco antes de la comida, ó mejor aun, inmediatamente después, hácese mal la digestión, á ésta sucede unas veces los vómitos, otra la diarrea, y he aquí ya el primer eslabón en donde comienza y se forja la cadena toda de la dolencia del cólera.

Pues bien; para contrarrestar esta letal influencia, para desvanecer tan perniciosa causa, es para lo que recomendamos á los pusilánimes y aprensivos la lectura y la observación estricta de los preceptos que se dan en la presente carta.

Escriba el eminente doctor español (de Mahón), decano de la Real Escuela de Medicina de París, D. Mateo Roger Orfila, con fecha 10 de Agosto de 1854, la siguiente carta:

«A mi amigo el corregidor Vendome: Si teme el cólera, procure usted cuidarse mucho de antemano para evitar sus efectos, no comiendo demasiado, privándose de beber vinos puros ni licores espirituosos, no fatigándose, y sobre todo cuidándose mucho no resfriarse.

«Si á pesar de esto el cólera le ataca, la enfermedad principia 98 veces entre 100 por una diarrea poco ó nada dolorosa, que los enfermos descuidan casi siempre; cuidese usted mucho, cuidela, le repito, guardando cama y dieta.

«Tome usted agua de arroz y algunas lavativas de lo mismo con unas gotas de láudano, y mientras dure la diarrea guarde usted dieta, cama y procure sudar.

«No tendrá usted el cólera porque lo habrá sofocado (mejor dicho, combatido) con este método.

«Este usted oche ó diez gotas de láudano en cada lavativa de sustancia ó agua de arroz, y tome usted al día dos cuartillos de la misma, también con láudano.

«No crea usted lo que dicen de que los médicos no curan á los coléricos; esto es falso; no los curan cuando ya están fríos, azules y casi moribundos; pero saben curar, y los curan en el primer período del mal (y aun en el segundo; véase nuestro folleto *El cólera morbo asiático*) haciendo lo que acabo de decir á usted, y previniendo ó impidiendo de esta manera que el mal llegué al segundo período.

«Yo he visitado á muchos amigos y parientes, y ni uno solo se me ha desgraciado, porque de antemano les había prevenido para cuando llegase el caso de la marme.»

Esta misma dirigi yo en Valencia á mis amigos, parientes y clientes, cuando el cólera de 1854, y en Madrid en 1865 y 1884. Nota: de los 85 enfermos del cólera tratados por mí en 1865, sólo fallecieron siete, y de los 46 visitados en 1884, murieron seis.

Hechos consignados en el folleto mío antes citado.

Dr. José Gastaldo.

Madrid Agosto de 1890.

SESENTA MILLAS A NADO

El 18 de este mes se ha llevado á efecto la apuesta hecha por el célebre nadador americano Davis Dalton, de atravesar el Canal de la Mancha nadando boca arriba y usando solo de las piernas como medio de avance.

Consideramos muy curiosos algunos de los detalles de su viaje.

A las 4 de la tarde, arrojóse al agua Dalton desde el vapor «Ocean King», á unas 100 brazas del muelle de hierro de Boulogne, en la costa francesa, dirigiéndose desde luego hacia el Cabo Griz Nez.

A las siete, sin haber descansado un momento ni mostrar señal de fatiga, pidió algo de refresco, sirviéndosele desde una de las lanchas una bebida caliente. Su avance á partir de esa hora, es muy lento, por llevar en contra la marea.

A las diez de la noche, con un frío intenso y obscuridad completa, se divisó al E. N. E. el Cabo de Griz Nez, y á su vista Dalton, se expresó más que nunca confiado en conseguir su apuesta de serle el tiempo favorable.

A las once y media la marea es fuertísima en contra, arrastrando al nadador hacia el Oeste.

Dalton, comienza á dar señales de fatiga, pidiendo de beber con frecuencia, y al grupo bastante considerable de lanchas que le siguen y le animan, con sus exclamaciones, iluminadas casi de continuo por los relámpagos, ofrecen, sin duda, un espectáculo curioso.

A las cuatro de la mañana continúa Dalton perfectamente, asegurando á todos lo bien que se halla, aunque á las nueve demuestra ostensiblemente su fatiga, se alimenta á menudo, y apenas si lentamente á las diez alcanza á Hythe, donde descansa sin abandonar su postura durante diez minutos.

A las diez y media la marea vuelve en su favor; los numerosos barcos que atraviesan el canal á dicha hora le aclaman con entusiasmo, y aunque todavía animoso, sus fuerzas decaen visiblemente.

A las dos y cuarenta y cinco minutos apenas si sus fuerzas ya le sostienen, y por fin, á esa hora se encuentra al pie de Sandhats Hill.

A las tres, y cuando sólo le faltan dos ó tres millas de la costa inglesa, su ánimo y sus fuerzas le abandonan casi del todo; á los vivas y exclamaciones que de todos lados parten animándole, contesta: «No puedo más, no puedo más.» La orilla inglesa está cubierta de gente que gritan y agitan sus pañuelos.

La vista readirige á Dalton, que parece recobrar un poco; nada con energía, en la última milla, y casi desvanecido toca la

costa, á las tres y veintiocho minutos de la tarde.

En medio de un entusiasmo delirante, es conducido á la caseta de un establecimiento de baños, al cuidado de dos médicos.

El viaje había durado 23 horas y 28 minutos, siempre dentro de las condiciones del programa.

Su estado, por lo pronto, no dejó de inspirar serios cuidados, si bien por la noche recobróse algún tanto.

El valor de las apuestas cruzadas ha sido considerable, y el suceso ha causado una verdadera sensación.

COSAS ANTIGUAS.

Con motivo del horrible ensayo de ejecución por medio de la electricidad realizado en los Estados-Unidos, recuerda un periódico francés los honorarios que en el siglo XV cobraban los verdugos por las siguientes operaciones:

	Pesetas.
Por freir en aceite á un malhechor.	48
Descuartizarlo vivo.....	30
Ejecutar con espada.....	20
Enroscar el cuerpo.....	10
Clavar la cabeza en un palo.....	10
Cortar á un hombre en cuatro pedazos.....	36
Ahorcar.....	20
Enterrar el cuerpo.....	2
Empalar á un hombre vivo.....	24
Quemar viva á una bruja.....	28
Quemar á un sodomita y á su cómplice.....	30
Desollar á un hombre vivo.....	28
Tirar un suicida al estercolero....	20
Dar tormento.....	4
Aplicación del tornillo.....	2
Aplicación de los borceguies.....	4
Poner en la picota.....	2
Azotar.....	4
Marcar con un hierro candente....	10
Cortar la lengua, las orejas y la nariz.....	10

La Liberté, de París, publica con este título un artículo muy interesante, del cual tomamos los curiosos datos siguientes:

«Nuestros conocimientos acerca de la antigüedad son bastante precisos para permitirnos determinar cuál era en el siglo V, antes de la Era cristiana, es decir, hace dos mil trescientos noventa años, el presupuesto de gastos de una familia de clase media en Atenas.

Es preciso observar ante todo que el precio de los artículos de comer y beber era en aquella época muy bajo.

El hectolitro de harina se vendía á pesetas 8,20 y el vino á 9,95.

Un huey costaba por término medio 50 pesetas y el ciento de sardinas á 16 céntimos.

Estos precios no eran, como pudiera creerse, por mayor, sino por menor, que el consumidor pagaba en el mercado.

Era fácil vestirse muy barato. Un hombre del pueblo tenía por pesetas 9,80 un traje, y por 20 pesetas se adquiría un manto elegante.

Los alquileres no eran caros. Un hombre acaudalado se construía una casa por 3 ó 4,000 pesetas. El padre del famoso orador Demóstenes pasaba por ser rico; y, sin embargo, su casa valdría unas 2,940 pesetas, lo cual supone al 12 por 100, interés habitual entre los atenienses, un alquiler de 352 pesetas.

Aquel pueblo—añade La Liberté—no era gastador; no necesitaba para mantenerse más

que lo estrictamente preciso, y, sin embargo, era feliz y muy culto.

«El gasto anual—añade—de una familia humilde compuesta de tres personas, era: alimentación, 175 pesetas anuales; alquiler de casa, 35; vestidos, 37; total, 247, y con los imprevistos 800 pesetas.

«Con este gasto se hacía una vida modesta, pero no llena de privaciones.»

Varietades.

LA BOFETADA DE ALEJO

La plaza estaba de bote en bote. Lagartijo era el héroe de la fiesta.

La fama del maestro y la circunstancia de lidiarse toros escogidos de Miura, sirvieron de aliciente para atraer numerosa concurrencia.

El calor se dejaba sentir con tanta fuerza como si se propusiera tostar á los que desafiaban sus rigores para distraerse con las peripecias é incidentes de la lidia.

A la sombra protectora de uno de los palcos, meditaba uno de los espectadores acerca del contraste que con sus caprichos y generalidades suelen ofrecer las crónicas.

«Es seguro, decía, contemplando casi á vista de pájaro aquella aglomeración de cabezas, fúlgidas por el fuego que las derretía, que si un déspota de la antigüedad hubiese ido á satisfacer sus crueles deseos, que diez mil personas permanecieran tres horas en esta especie de horno, la humanidad habría en sus fueros habido protestado contra semejante infamia. La posteridad habría vertido luego una lágrima sobre la tumba de estos mártires.

Pero se trata no de un castigo, impuesto por la tiranía, sino de una diversión en que las emociones son fuertes y frecuentes; de un espectáculo en que la sangre mancha el redondel, de una lucha donde el menor descuido puede costar la vida á un prójimo, y en que el caballo, noble animal cuya ayuda tanto utilizamos, ya á la muerte con los ojos vendados y no importa que el termómetro anuncie el peligro de la asfixia por la elevación de la temperatura.

Todas las molestias y sufrimientos se olvidan ante la perspectiva de una buena estacada hasta mojarse los dedos, de unas han leyillas bien puestas, de un quite bien hecho, ó de una vara aplicada en su sitio, para que la brava res empiece á conocer los efectos del hierro.

Y mientras así discurría el filósofo que se averguzaba de la función, desde el fondo de su palco, estudiando á su manera el carácter de una fiesta, con la que no se identificaba, acaso por no comprenderla, en los tendidos los diálogos eran cada vez más vivos, más animados los incidentes, más apasionadas las controversias.

Los toros no eran blandos al castigo, sabían acometer con fuerza y llegaban con dignidad á la muerte, según la frase de uno de los entusiastas aficionados; la cuadrilla trabajaba con voluntad, á conciencia, sin temor á los cuernos y sin hacer caso del sol que los derretía, ni del polvo del redondel que los asfixiaba, teniendo que recurrir á la manzanilla, y no bastando esta al botijo del agua fresca, más veces de lo que la prudencia aconseja; pero nada bastaba á calmar la irritación producida en los espectadores por el calor y la inmoderación de estar presentes como sardinas.

Con el menor motivo surgía una disputa, las frases eran en este caso como cohetes rateros; las contestaciones se daban á raja tabla, y de este modo no era solo en el redon-